

CALCAS

Personajes:

Calcas

Mopso

Anfíloco

Reina de Licia – Tictome o (Temone)-

Emisario

Marmolista

Lugares:

1. Claros, santuario de Apolo en Colofón, Jonia, Asía Menor.
2. Eolia, hogar de Calcas

Trama:

La Reina de Licia, luego de la muerte de su hermano Sarpedón en la Guerra de Troya, se desplaza a Claros para consultar al oráculo del templo a Apolo, Mopso. Al mismo tiempo, el soberbio Calcas venía de la Troade luego de la contienda aquea contra los pelasgos. Él conocía el destino de los danaos en su regreso a Hélade, por lo que no se embarca con ellos, sino que viaja a Jonia en compañía de Anfíloco. Calcas busca al renombrado adivino Mopso para probarse mejor, y entonces ser indiscutiblemente el mejor adivino. Calcas desafía el presagio de Mopso, quien advierte a la reina Tictome de abandonar la empresa que emprenderá contra las Amazonas (?). Luego de los años, en su morada en Eolia, un emisario informa a Calcas que la reina de Licia ha sido derrotada. Sumido en la desesperanza Calcas se suicida.

La guerra de los licios es contra las amazonas de Polemisteia.

CALCAS.—¡Oh Anfíloco, del linaje de los argivos! tú que me has acompañado en las llanuras sangrientas de Ilión y en nave has estado a mi ala por las costas de Anatolia ¡Adelántate, ea! e increpa aquel marmolista, si acaso talla en la piedra a Febo, o si acaso esculpe la égida divina o si acaso hemos dado con tierra bárbara.

ANFÍLOCO. —Calcas, como dios por su ingenio, oiré tus mandatos. Bien saben los jóvenes que se debe atender a los ancianos. ¡Marmolista de agudos dedos, bendecido seas! Nosotros, basileos entre los aqueos, queremos saber si acaso talla en la piedra a Febo, o si acaso esculpes la égida divina o si acaso hemos dado con tierra bárbara ¡Ea! Observa mis preguntas y da dirección a los extranjeros, como mandan los dioses.

MARMOLISTA. —Acusan bien tus ojos, joven cauto. En la piedra tallo la divina lira de Apolo, patrono de la Pitia. Arribaron ustedes la orilla de Colfón, y pisan ahora el Oráculo de Claros.

ANFÍLOCO.—¡Bienaventurado sean tus noticias, escultor de la belleza! Saber que es esta Jonia, tierra de indómitos campos, regocija nuestro ánimo. El andar desafortado finalmente alcanza su rumbo. Calcas, voz de los dioses, hemos llegado a Colofón y yacemos a la entrada del Oráculo de Claros.

CALCAS. —Tus palabras son gustosas, Basileo de los argivos, y amainan mi sentir; confiado estaba en que mis planes serían acertados. ¡Regresa ahora, epígono! y pregúntale al hombre laborioso quién rige el templo y cuál pitia balbucea los designios divinos.

ANFÍLOCO. —Marmolista susurrado por la musa, responde para nosotros nuevas preguntas y que el cronión te colme de gloria. ¿Quién rige el templo? ¿Cuál pitia balbucea los designios de los dioses?

MARMOLISTA.—Extranjero. El sacerdote que manda en el templo es Mopso, nieto de Tiresias, el adivino más admirado de todos los tiempos. La madre de Mopso, Manto, fue desposada por Racio, venido de Creta, rey honrado por su generosidad con los exiliados tebanos.

ACTO II. EJERCICIO COOPERACIÓN

CALCAS.—Tictome divina, primera entre los Legos, no he podido ignorar la demanda que has posado para Mopso, anciano ciego, quien rinde de oráculo en el templo de Febo. Acuso que decías “Decidme adivino, nieto de Tiresias, tu que expulsaste a los Carios de sus tierras y que fuiste bendecido como Pitia, si acaso mis huestes puedo enfurecer contra las bárbaras, si acaso los dioses consienten que mi pueblo, los mas mercantes, dediquen las naves y los hornos a la lid, si acaso Hera crónida, patrona del hogar, perdonará la orfandad y las viudas que dejará la guerra, y si acaso, tras haber arrasado los bosques de Temiscira, me alzaré gloriosa y daré muerte a Polemisteia, reina de las Amazonas, y en frente de sus mujeres derrumbaré su imperio. Anda, retoño de Febo, intercede por mi ante los eternos que habitan el cielo y dame su presagio” ¡Pero ea, digna hermana de Sarpedón, escucha mis declaraciones y no vuelvas a tu tierra Telmeso sin antes atender mi consejo! No olvides que fui yo el guía de los dánaos durante el sitio de Ilión.

TICTOME. —Controla tu ímpetu, sabio del porvenir, que tus juicios no vayan a ser oídos por Sol, dios que alumbra a los dioses, y crean que desoigo los consejos de los ancianos. Hasta Licia llegaron las proezas de tus presagios, y en mis cortes sabemos que fuiste tu y no otro quien convocó al pélida Aquiles en los campos dárdanos, recuerda que su amante Patroclo, fornido con broquel ajeno, dio muerte a mi preclaro hermano. Entonces habla, oh adivino, y no te guardes palabra.

CALCAS. —Irás a la guerra, así lo manda Zeus padre. He mirado las nubes y he visto águila planeando, saboreé el vino jónico y Dionisio, protector de las vacantes, me dio trance. Arrasarás los campos y tomarás las cosechas de Polemisteia, ávida guerrera, pues sus mujeres ofenden a los dioses. Las Amazonas, asesinas de hombres, no imploran plegarias a Afrodita, la más hermosa, y no observan la autoridad de un hombre en sus casas. En cambio, afanadas de sangre, afanadas de guerra, tienen como patrón a Ares, vanguardia en el combate; no saben tejer un peplo por empeñar las mañanas en tirar saetas, oficio de barones.

TICTOME. —¡Oh Calcas, como dios por tu ingenio! el presagio que me otorgas me colma de fervor. En mi palacio las siervas ya habían preparado yelmo y grebas, pues yo misma no podía dormir, iracunda, ni aunque el dulce Sueño diera sus encantos, sabiendo que al cruzar los ríos de mi imperio yacen las bárbaras que no temen a los dioses. Pero mi animo se disipa como el viento lánguido.

CALCAS. —Princesa de los Licios, apura y confiesa el motivo de tus penas.

TICTOME. —Lo que aflige mi aliento yo te contaré. Antes de encontrarme con vosotros venía yo de escuchar el presagio de Mopso, como un dios en la palabra, y este me ha revelado la voluntad divina. Ha dicho para mi que Febo no ha augurado triunfo en las tierras de Temiscira, y si osara concurrir con mis falanges, encontraría un enemigo más fiero que Carbdis y Escila. El Hades será mi condena por emprender la lid.

CALCAS. —¡Tictome, primera entre los Legos, no me sorprende tus declaraciones, aunque decepción me cause el augurio! Mopso, ciego anciano, aunque probado antes como sabio, hoy parece olvidar el sentido de las voces divinas, o el poderoso Febo lo ha privado de la certera previsión.

TICTOME. —¡Atrevido Micénico! Cómo hallas tranquilidad al desafiar la adivinación del mismísimo oráculo de las tierras que nos cobija; bien sabrás que no hay más alta autoridad en el templo que el sacerdote que lo oficia.

CALCAS. —Dices bien, princesa de Licia, pues en todos los oráculos que se erigen en tesalia yo he estado, así como en los famosos de Ática y Beocia, como Delfos, y muchos otros que yo mismo, en compañía de Anfíloco, Basileo de los argivos, fundé. Entonces no conocerás a otro más versado que yo en las artes de Pitia. Así que atiende bien, hermana de Sarpedón. Yo vengo del linaje de Febo y fui quien libró a los aqueos de las costas de Áulide, cuando Artemis, cazadora divina, descargó su cólera por las ofensas del atríada Agamenón. Fui yo quien leyó el Cielo y frenó la muerte de los mirmidones, entre los dánaos los mejores, cuando Apolo dio la peste por auxiliar a su siervo Crises durante la guerra en Ilión. Fui yo, también, quien descifró la voluntad divina y declaró que el arco de Heracles deificado sería indispensable, también su heredero, Filóctetes el cojo, para que las casas de Príamo sucumbieran.

TICTOME. —Rindo atención a tu discurso, magnánimo Calcante.

CALCAS. —Entonces túmbate y observa. Yo, heraldo de los dioses, bendigo tu cruzada. La lid que te avientas es justa a la razón que por siglos nos ha regido. Y en cuanto al adivino Mopso, ciego anciano, quien ha creído conocer la voluntad de Febo y ha dicho que el infortunio avecina a los Licios si combaten a Polemisteia ¡que sea desaprobado! Ante Zeus, curador de los juramentos, enarbolo mi oposición, y que el mismo, el más grande de los dioses, de justicia al porvenir certero y que la Alada Victoria se cierne sobre el mejor de los adivinos.

TICTOME. —Así haré. He de volver a mis dominios y allí exaltaré mis huestes para afanar la conquista. Los dioses me tengan como protegida y pueda allanar el triunfo.